

VIOLETA Y SU MÚSICA, VIOLETA Y SU VIDA, COMPONEN UN ROMPECABEZAS TAN INTRINCADO COMO FASCINANTE. LA MUJER QUE HACE 35 AÑOS SE SUICIDÓ PEGÁNDOSE UN TIRO, POCO TIEMPO DESPUÉS DE HABER ENTREGADO AL MUNDO —POR ENTONCES CONVULSIONADO, PERO OPTIMISTA— ESE MANIFIESTO LLAMADO "GRACIAS A LA VIDA", EXPUSO PÚBLICAMENTE SUS DESGARROS Y SUS SUEÑOS DE AMOR, SU COMPROMISO POLÍTICO Y SUS INSTINTOS BÁSICOS, SU IRONÍA TEÑIDA DE INOCENCIA Y SU LITERALIDAD MÁS ABSOLUTA.

**FERNANDO D'ADDARIO
PAGINA 12, BUENOS AIRES**

Su hermano, el poeta Nicanor Parra, la llamaba "Violeta volcánica". El Premio Nobel Pablo Neruda prefería otras dos palabras caras a su ideario ("Pueblo verdadero") para definir a la mujer que mejor expresaba el alma chilena. Ambas apreciaciones —una más ligada al conocimiento doméstico, la otra entendida como una proyección épica de su figura— se complementan con naturalidad: Violeta Parra fue, más

Una artista imprescindible en la historia de la canción latinoamericana

LA MUJER QUE cantaba el Chile profundo



que un reflejo de la urgencia de su tiempo, una heroína de la canción latinoamericana. El contexto en que vivió y murió la Violeta (así la llamaba la gente del pueblo, sin más sofisticaciones) determinó también los alcances de su imagen póstuma. De este modo, la historia de la cul-

tura popular le dio más centinetaje a su vida (o mejor dicho a la leyenda que de ella se desprende) que a su obra. Casi todos saben quién fue Violeta Parra y qué representó, y se ha escrito mucho sobre ambas cosas. Menos habitual es, en cambio, agregarle a esa construcción colec-

tiva la base esencial que la justifica: sus insusceptibles canciones.

Violeta y su música, Violeta y su vida, componen un rompecabezas tan intrincado como fascinante. La mujer que hace 35 años se suicidó pegándose un tiro, poco tiempo después de haber entregado al mundo —por entonces convulsionado, pero optimista— ese manifiesto llamado "Gracias a la vida", expuso públicamente sus desgarrs y sus sacos de amor, su compromiso político y sus instintos básicos, su ironía teñida de inocencia y su literalidad más absoluta. Su carrera no tuvo un perfil definido, acaso porque prefirió supe- ditar sus composiciones a las emociones cambiantes que la guaban. No hay, aparentemente, conexión entre la minuciosa búsqueda antropológica de sus Canción campesinas y la introspección de las Décimas y centésimas, esta última convertida, de algún modo, en una autobiografía, en un testamento pecuniario. Sin embargo, los dos discursos se vinculan a través de eleccantes dispersos: esa voz que parece quebrarse por exceso de vigor emocional, ese ascetismo militante, que le impedía completarse armónicamente lo que podía decirse en tres tonos, ese sabor a campo, extraiado desde la ciudad, que desde toda su esté-

tica.

Estos eracos la muestran en toda su dimensión. Se dice que cuando era joven llegaron a considerarla loca, porque su canto no se ajustaba a los cánones del folklore chileno. No tenía, en efecto, una técnica depurada, y sus búsquedas evitaban los clichés del paisajismo. La Violeta tenía una relación tan visceral con la gente (por entonces todavía se le llamaba pueblo) que toda su obra recorre las ilusiones y desilusiones que fue recogiendo con los años. Recorrió todo su país, desde el desierto de Iquique hasta los hielos del sur, rastreando el alma chilena, buscando su propio sonido. Aborígenes y campesinos le facilitaron el camino. Le hablaron de dolores ancestrales, de amores hostiles, que también lo representaban. Melodías sencillas como "El palomo", "Dónde estás prenda querida" y "Miren cómo corre el agua", entre otras, dan plena constancia de ello. Las Últimas composiciones se enfrentan a los mismos sentimientos, pero la madurez política, en un Chile ya maduro para la revolución democrática que llegaría con Salvador Allende, no interfiere (a lo sumo empuja) en su karma personal. Así, la divertida pero furibunda "Maziriquita modélica" convive con la explosión de felicidad que promete el amor correspondido (la notable "Volver a los 17") y la amargura existencial provocado por el abandono. El desprecio la hace decirse de todo y de todos: "Maldigo por fin lo blanco/ lo negro con lo amarillito/ obispos y monaguillos/ ministros y predicados/ yo los maldigo llorando/ lo libre y lo prisionero/ lo dulce y lo pedregoso/ lo pongo así maldiciendo/ en griego y en español/ por culpa de un traicionero/ Cuánto será mi dolor".

La mujer que cantaba el Chile profundo [artículo] Fernando D'Addario

Libros y documentos

AUTORÍA

D'Addario, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mujer que cantaba el Chile profundo [artículo] Fernando D'Addario. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile